

DEARTESACRA



MONOGRAFÍAS

Amor de mi madre, a ningún otro semejante

(Albert Cohen¹)

*Pero no hagas el retorno
sin llevarme a tu morada*

(Gabriela Mistral²)

¹ Albert Cohen, *El libro de mi madre*, Anagrama, Barcelona 1992, p. 72.

² *Madre mía*, Gabriela Mistral; en Margaret Bates (Ed.), *Gabriela Mistral. Poesías completas*, Aguilar, Madrid 1966, p. 728.

MONOGRAFÍA: MATERNIDAD

La maternidad es un tema recurrente en el arte y en la literatura. Tantos han cantado de formas bien diversas las virtudes de la madre, su amor, su entrega, su disponibilidad. Es algo siempre apetecible, siempre agradable, siempre esperanzador. Y por eso es uno de los *trending topics* más potentes de la historia del arte. Muchos pintores han mojado sus pinceles en ese tema: Whistler, Miquel Blay, Modigliani, Nguyen Thanh Binh, Nguyễn Trung, C215, Jean-Honoré Fragonard, Bouguereau, Berthe Morisot, George Romney... Pablo Picasso, por ejemplo, realizó –entre 1905 y 1921– 47 obras dedicadas a maternidad. Y casi todos los poetas hablan de la madre. Incluso Ed Sheeran dijo a la suya: *You were an angel in the shape of my mum/ When I fell down you'd be there holding me up/ Spread your wings as you go/ And when God takes you back we'll say Hallelujah/ You're home* (Ed Sheeran, *Supermarket Flowers*, 2017). Frank Capra recordaba así los últimos momentos de vida de su madre: *Mi madre estaba siendo sometida a una operación quirúrgica en el hospital de los Cedros del Líbano cuando recibió la noticia del nacimiento del pequeño Tom. Sonrió. Tenía ochenta y un años. A través de una pequeña ventana cuadrada observé al doctor Stanley Imerman amputarle su trombótica pierna azul. El muñón había empezado ya a sanar cuando, una semana más tarde, golpeó la neumonía. Lu, mis dos hermanos y tres hermanas estaban en la habitación. Sostuve la callosa mano de Mamá, oí su jadear hacerse más y más débil. Una vez más..., luego silencio. El gran corazón, los fuertes brazos, la firme fe y el fiero valor que la habían hecho conquistar sus días uno a uno, habían terminado su trabajo. Como una vela, Mamá nos dio su luz y su calor, pero se consumió en el proceso. Ahora la luz de Mamá ya no estaba. Todo lo que era lo había gastado en nosotros. Y Mamá estaba muerta. En paz, orgullosa, con dignidad. Su semilla, y la semilla de millones como ella, creaban el sueño americano.*³

La madre, en definitiva, trae al corazón la idea de patria, de casa, de retorno al hogar... y de amor incondicional: *Os saludo, madres llenas de gracia, santas centinelas, valor y bondad, calor y mirada de amor, vosotras, únicos humanos en quienes podemos confiar y que nunca, nunca nos traicionaréis* (Albert Cohen, *El libro de mi madre*). En esta monografía presentamos, sencillamente, algunas imágenes de maternidad producidas por el arte y la literatura, cerrando con la *maternidad* que nos parece es más capaz de compendiar y resumir todas las otras *maternidades*.

³ Frank Capra, *Frank Capra. El nombre delante del título*, T&B Editores, Madrid 2000, pg. 356.



Harold Gilman, *Mother and Child* , 1918

Te digo al llegar, madre,
que tú eres como el mar; que aunque las olas
de tus años cambien y te muden,
siempre es igual tu sitio
al paso de mi alma.

No es preciso medida
ni cálculo para el conocimiento
de ese cielo de tu alma;
el color, hora eterna,
la luz de tu poniente,
te señalan ¡oh madre! entre las olas,
conocida y eterna en su mudanza⁴

⁴ Juan Ramón Jiménez, *Madre*, citado en Juan Gutiérrez Palacio (Ed.), *Juan Ramón Jiménez. Antología poética*, Editorial Magisterio Español, Madrid 1968, p. 112.



Jozef Israëls, *The Joy of Motherhood*, 1890, Rijksmuseum

Nadie me esperará como ella en la ventana, durante horas. Veo su rostro en la ventana inclinado, demasiado grueso y todo él de mí repleto, tan afanoso y atento, un poco vulgar por la excesiva atención, con los ojos fijos en la esquina de la acera. Se me aparece siempre como la que estaba en la ventana. En la ventana y avizorándome cuando yo volvía del trabajo. Alzaba la cabeza y era grato ver desde abajo aquel rostro concentrado en la espera, aquel pensamiento que me aguardaba, y me sentía filialmente reconfortado. Ahora, cada vez que vuelvo a casa, esa vieja costumbre de alzar los ojos hacia la ventana. Pero nunca hay nadie. ¿Quién necesita asomarse a la ventana para esperarme?⁵

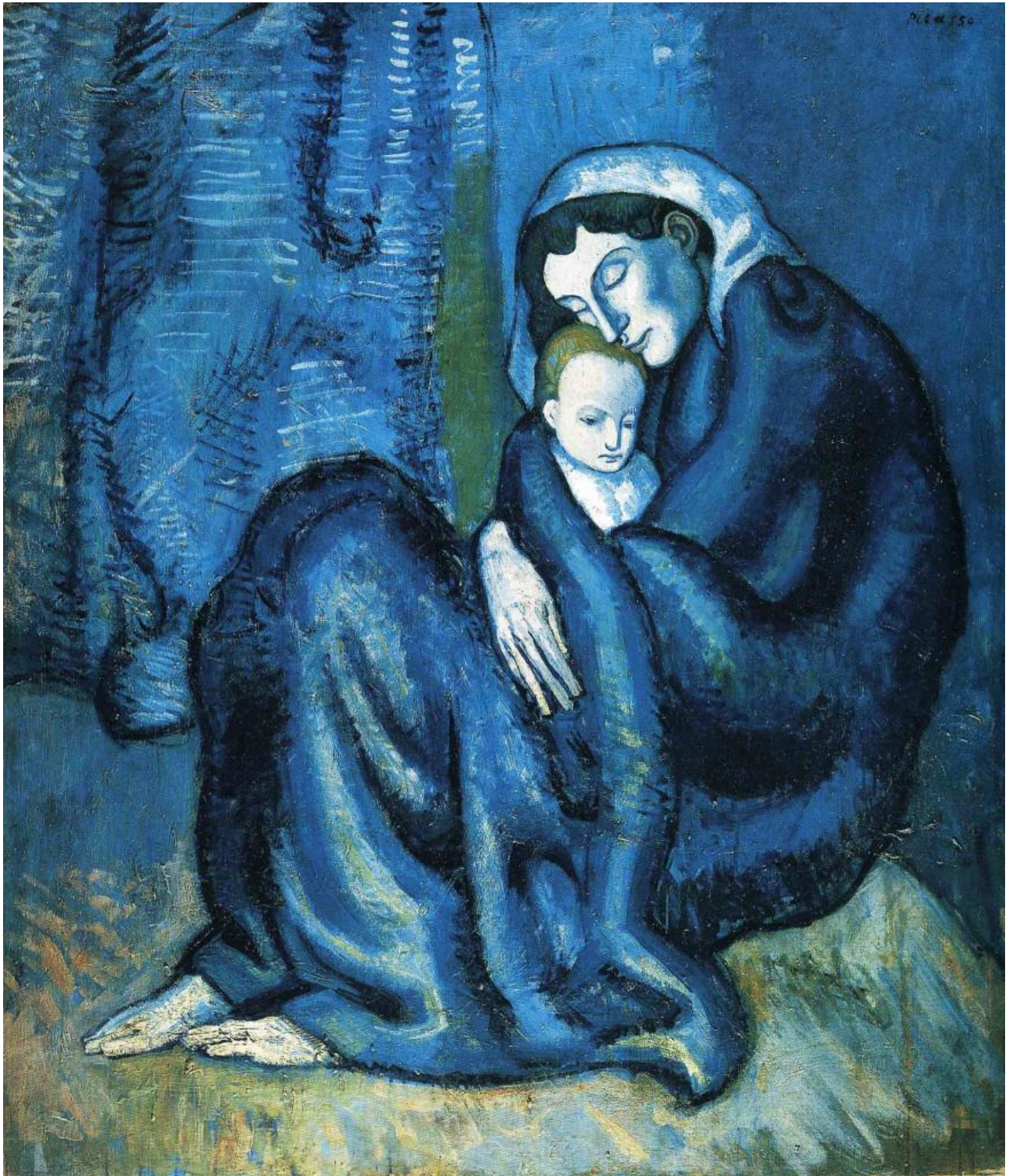
⁵ Albert Cohen, *El libro de mi madre*, Anagrama, Barcelona 1992, p. 81.



Elisabeth Louise Vigée Le Brun, *Self-portrait with Her Daughter*, Louvre, 1793

Galerías del alma... ¡El alma niña!
Su clara luz risueña;
y la pequeña historia,
y la alegría de la vida nueva...
¡Ah, volver a nacer, y andar camino,
ya recobrada la perdida senda!
Y volver a sentir en nuestra mano
aquel latido de la mano buena
de nuestra madre... Y caminar en sueños
por amor de la mano que nos lleva.⁶

⁶ Antonio Machado, *Renacimiento*, citado en *Antonio Machado. Poesías completas*, Espasa-Calpe, Madrid 1984, p. 130.



Picasso, *Madre e hijo*, Fogg Art Museum, 1902

Mi madre no tenía yo, sino un hijo. Poco le importaba no dormir o estar cansada si yo la necesitaba. ¿Qué me queda por amar ahora, con ese mismo amor seguro de no quedar defraudado? Una pluma, un mechero, mi gata. Oh, tú, la única, madre, madre mía y de todos los hombres, sólo tú, madre nuestra, mereces nuestra confianza y nuestro amor. Todo lo demás, mujeres, hermanos, hermanas, hijos, amigos, todo lo demás no es sino miseria arrastrada por el viento.⁷

⁷ Albert Cohen, *El libro de mi madre*, Anagrama, Barcelona 1992, pp. 82-83.



Gustav Klimt, *Mother with children*, 1910

Será esto, madre, di,
la Eternidad arribada,
el acabarse los días
y ser el siglo nonada,
y entre un vivir y un morir
no desear, de lo asombradas.
¿A qué más si nos tenemos
ni tardías ni mudadas?
¿Cómo esto fue, cómo vino,
cómo es que dura y no pasa?
No lo quiero demandar;
voy entendiendo, azorada,
con lloro y con balbuceo
y se funden las palabras
que me diste y que me dieron
en una sola y ferviente:
– “¡Gracias, gracias, gracias, gracias!”⁸

⁸ *Madre mía*, IV, Margaret Bates (Ed.), *Gabriela Mistral. Poesías completas*, Aguilar, Madrid 1966, pp. 729-730.



Alberto Sánchez Pérez, *Maternidad*, 1930, Museo Reina Sofía

Y cada vez, todas las veces que la maternidad de la mujer se repite en la historia humana sobre la tierra, está siempre en relación con la Alianza que Dios ha establecido con el género humano.⁹

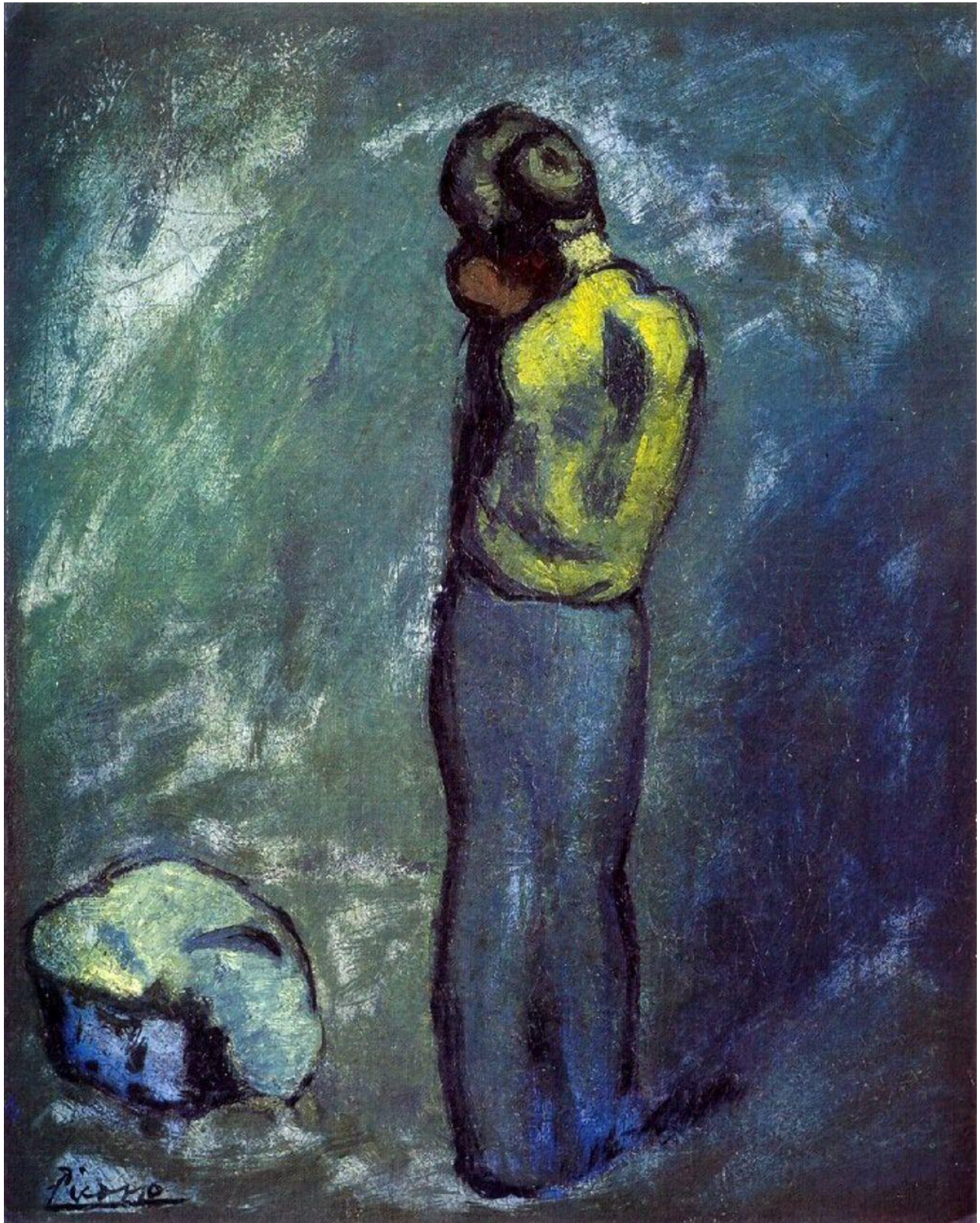
⁹ Juan Pablo II, *Carta Apostólica Mulieris Dignitatem*, Vaticano 1988, n. 19.



Kuz'ma Petrov-Vodkin, *A mother*, 1913

Cuando en brazos de la madre
vio la figura risueña
del primer hijo, bruñida
de rubio sol la cabeza,
del niño que levantaba
las codiciosas, pequeñas
manos a las rojas guindas
y a las moradas ciruelas,
o aquella tarde de otoño,
dorada, plácida y buena,
él pensó que ser podría
feliz el hombre en la tierra.¹⁰

¹⁰ Antonio Machado, *La casa*, en *La tierra de Alvargonzález*, citado en *Antonio Machado. Poesías completas*, Espasa-Calpe, Madrid 1984, pp. 185-186.



Picasso, *Mère et enfant*, 1902, Dean Art Gallery, Scotland

Me bendice, me recomienda que no fume más de veinte cigarrillos al día, que me tape bien en invierno. En sus ojos, late una locura de afecto, una divina locura. Es la maternidad. Es la majestad del amor, la ley sublime, una mirada de Dios. De repente, se me aparece como la prueba de que existe Dios.¹¹

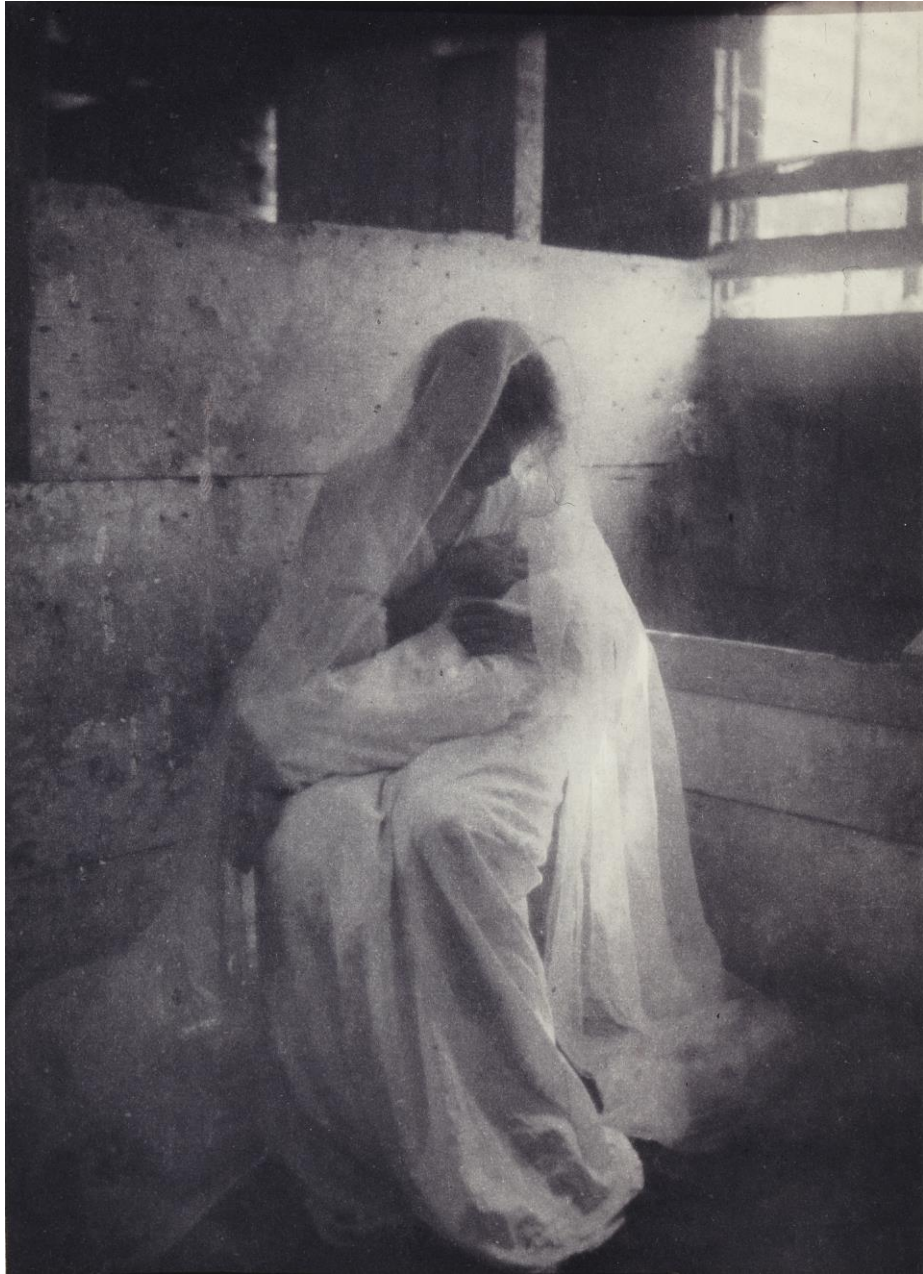
¹¹ Albert Cohen, *El libro de mi madre*, Anagrama, Barcelona 1992, p. 137.



Joaquín Sorolla, *Mother and child*, 1895

La madre acoge y lleva consigo a otro ser, le permite crecer en su seno, le ofrece el espacio necesario, respetándolo en su alteridad. Así, la mujer percibe y enseña que las relaciones humanas son auténticas si se abren a la acogida de la otra persona, reconocida y amada por la dignidad que tiene por el hecho de ser persona y no de otros factores, como la utilidad, la fuerza, la inteligencia, la belleza o la salud.¹²

¹² Juan Pablo II, *Carta Encíclica Evangelium Vitae*, Vaticano 1995, n. 99.



Gertrude Käsebier, *The Manger*, 1899, National Museum of Women in the Arts, Washington

Hermanos, oh, hermanos humanos, obligadme a creer en una vida eterna, pero dadme razones de peso y no me vengáis con esas ridículas monsergas que me dan náuseas mientras, avergonzado de vuestros ojos convencidos, contesto sí, sí, con cara amable. Ese cielo en el que quiero volver a ver a mi madre, quiero que sea de verdad y no un invento de mi desdicha. Hacia Ti clamo, Dios de mi madre, Dios mío a quien tanto amo pese a mis blasfemias de desesperación. Te pido auxilio. Ten piedad de este mendigo abandonado en un rincón del mundo. No tengo ya madre, no tengo ya mamá, estoy solo y sin nada y clamo hacia Ti, a quien ella tanto rezó. Dame fe en Ti, dame fe en una vida eterna. Mil millones de años en el infierno daría por esa fe. Porque tras esos mil millones de años en ese infierno donde se Te niega, podré volver a ver a mi madre, que me recibirá llevándose tímidamente la mano a la comisura de los labios.¹³

¹³ Albert Cohen, *El libro de mi madre*, Anagrama, Barcelona 1992, pp. 124-125.

La imagen y el texto que proponemos a continuación son los últimos de la serie. Hasta el momento hemos realizado una especie de recorrido por algunos de los pasajes más bellos del amor materno. Pero es difícil encontrar imágenes de maternidad consumada, de la maternidad que llega hasta el final, hasta los mismos posos del dolor. Podremos encontrar en Google o en Pinterest mil postales “mother and child”, muchas azucaradas, pero es muy difícil encontrar a esa misma señora, a esa misma madre, quizá envejecida, que asiste al hijo moribundo, acompañándolo hasta el final. ¿Qué madre llegó hasta allí? Es bonito el inicio, pero melior est finis quam principium (Eclesiastés 7, 8)



Bartolomé Esteban Murillo, Piedad, 1668-1669, Sevilla



Bartolomé Esteban Murillo, Piedad, 1668-1669, Sevilla (detalle)

Hasta ese día, María casi había desaparecido de la trama de los Evangelios: los escritores sagrados dan a entender este lento eclipsarse de su presencia, su permanecer muda ante el misterio de un Hijo que obedece al Padre. Pero María reaparece precisamente en el momento crucial: cuando buena parte de los amigos se han disipado por motivo del miedo. Las madres no traicionan, y en ese instante al pie de la cruz, ninguno de nosotros puede decir cuál haya sido la pasión más cruel: si la de un hombre inocente que muere en el patíbulo de la cruz, o la agonía de una madre que acompaña los últimos instantes de la vida de su hijo. Los evangelios son lacónicos, y extremadamente discretos. Reflejan con un simple verbo la presencia de la Madre: Ella “estaba” (Juan 19, 25), Ella estaba. Nada dicen de su reacción: si llorase, si no llorase... nada; ni siquiera una pincelada para describir su dolor: sobre estos detalles se habría aventurado la imaginación de poetas y pintores regalándonos imágenes que han entrado en la historia del arte y de la literatura. Pero los Evangelios solo dicen: Ella “estaba”. Estaba allí, en el peor momento, en el momento más cruel, y sufría con el hijo. “estaba”. María “estaba”, simplemente estaba allí. Ahí está de nuevo la joven mujer de Nazareth, ya con los cabellos grises por el pasar de los años, todavía con un Dios que debe ser solo abrazado, y con una vida que ha llegado al umbral de la oscuridad más intensa. María “estaba” en la oscuridad más intensa, pero “estaba”. No se fue. María está allí, fielmente presente, cada vez que hay que tener una vela encendida en un lugar de bruma y de nieblas. Ni siquiera Ella conoce el destino de resurrección que su Hijo estaba abriendo para todos nosotros hombres: está allí por fidelidad al plan de Dios del cual se ha proclamado sierva en el primer día de su vocación, pero también a causa de su instinto de madre que simplemente sufre, cada vez que hay un hijo que atraviesa una pasión. Los sufrimientos de las madres: ¡todos nosotros hemos conocido mujeres fuertes, que han afrontado muchos sufrimientos de los hijos!¹⁴

¹⁴ Papa Francisco, *Audiencia general en el Vaticano*, Miércoles 10 de mayo de 2017.